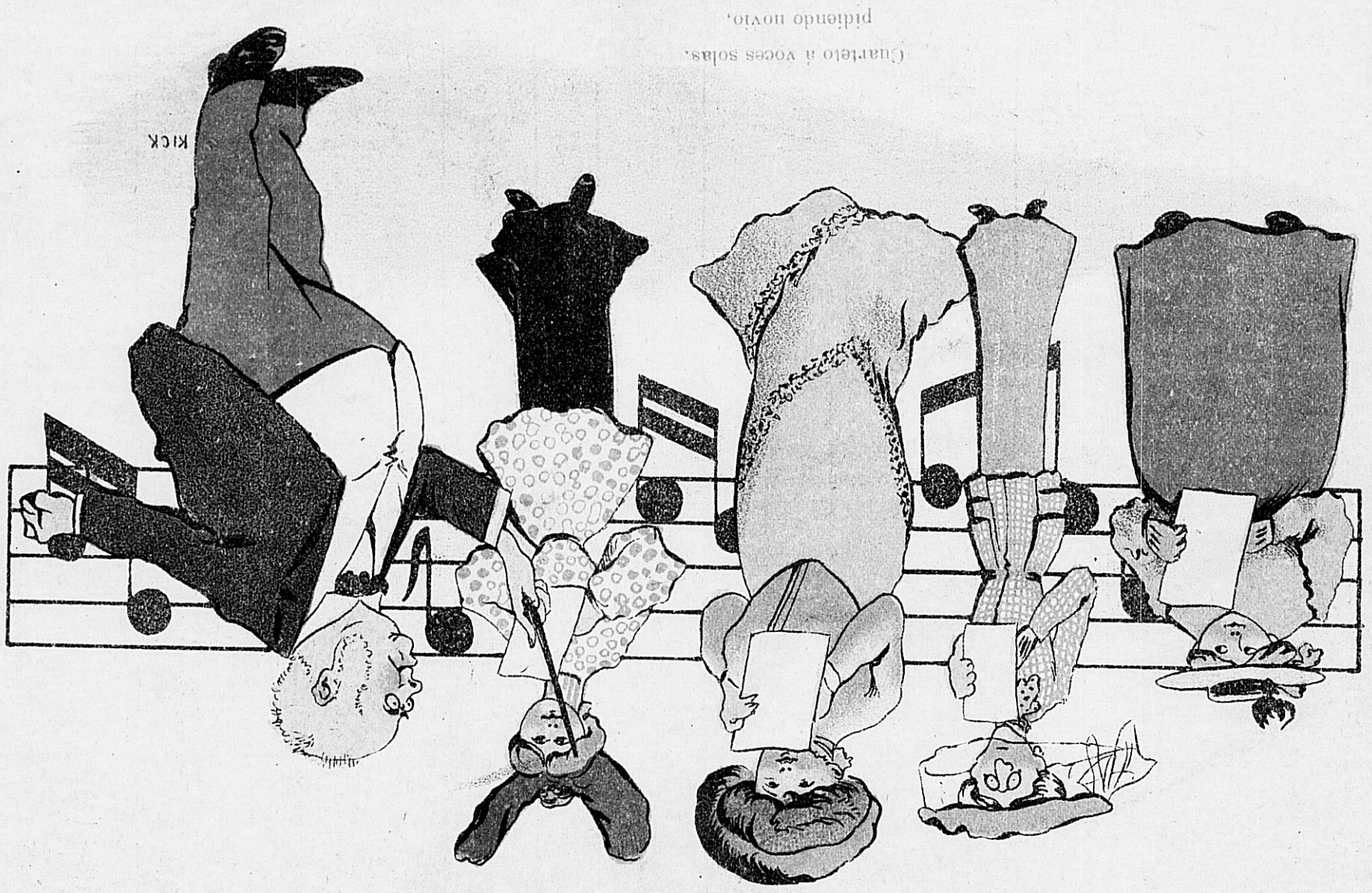


(Cuarteto á voces solas.
pidiendo novio,
pero aunque gritan mucho,
se hacen los sordos.



685

MISCELÁNEA

KIOSCO LA SAETA NÚM. 3

RAMBLA DEL CENTRO

La señora propietaria del mismo, además de LA SAETA, tiene á su cargo la corresponsalía de los siguientes periódicos de Madrid:

Heraldo, Heraldo Taurino, El Tío Findama, La Caza Ilustrada, y *Correo de Valencia, Heraldo de La Rioja, Heraldo de Aragón* y *Madriles.*

En este kiosco recibirán los señores compradores un cupón por cada cinco céntimos de gasto, con opción á diferentes regalos de libros.

Un marido dice á su mujer:

—El año pasado tuve tanto frío, que este invierno voy á comprarme un gabán de pieles.

—No apruebo la idea.

—¿Por qué?

—Porque con tanto pelo vas á parecer más animal que de costumbre.

Una señora, deseando mortificar á un caballero, le dice sonriendo:

—Observo que desde que nos habemos visto, ha cambiado usted mucho. Comienza usted á hacerse viejo.

—Eso es efecto del amor que á usted profeso. No quiero dejarla envejecer sola.

Gedeón tiene por esposa una mujer bellísima, pero que no le ama.

—Debes ser muy desgraciado,—le dice un amigo.

—Ella lo es mucho más que yo... Yo tengo la fortuna de tener siempre delante una mujer á la que amo, y ella tiene la desgracia de vivir con un hombre á quien aborrece.

En un baile:

—¿Le gusta á usted el baile, señorita?

—No.

—¿Entonces por qué baila usted tanto?

—El médico me ha ordenado que sude mucho.

Los maridos terribles:

—¡Hay momentos,—exclama la esposa,—en que quisiera tener alas; ser pájaro.

—¡Y yo, escopeta!—contesta indignado el marido.

Ay, doctor, cuánto me alegraría que encontrara usted en mí la misma enfermedad que en la Condesa de X.

—¿Y qué enfermedad es, señora?

—No recuerdo ahora. Sólo sé que le recomendaron el clima de Niza...

Charada

Cuando empieza la *una tres,*
siento tristeza en el alma.
Cuando veo un *dos primera,*
lo miro con cierta lástima.
Y cuando estoy en la *todo,*
como y redacto charadas.

MORENO

Jeroglíficos comprimidos

I

ZA.

J. MARÍN

II

TOR

P. GELABERT

Acertijo

. . A . .
. . E . .
. . I . .
. . O . .
. . U . .

Substituir los puntos por letras y las dos rayas por dos vocales para que se lea un nombre de varón en cada línea horizontal.

Z. FORN NEGRE

Fuga de consonantes

.a..c .ue .o.i.a. .o.
.a. ..o.e. .e. .e.e..e.io
.a.e.e .ue e..a. .o..a.a.
.e i.u.io.e. .e. .ue .a .ue..o

.O..E.

Soluciones á lo insertado en el núm. 685

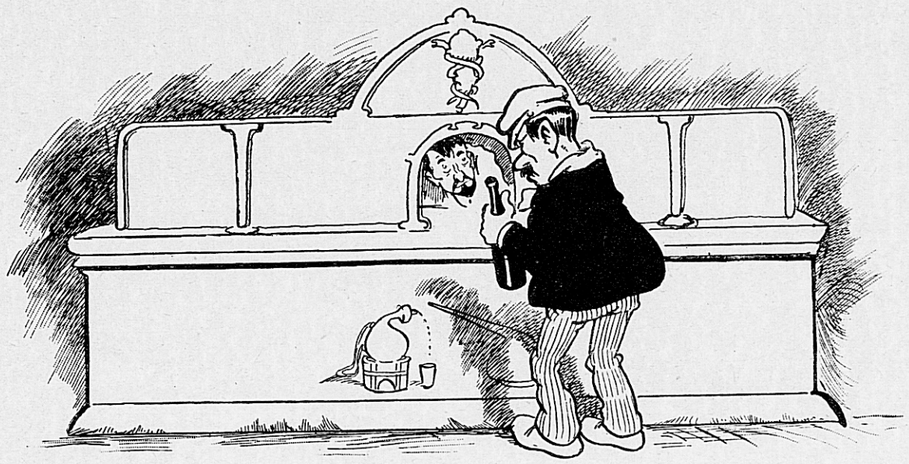
CHARADA.—Camelo.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Encelar.

TARJETA.—Recaredo segundo.

ROMPECABEZAS.—Haz bien sin mirar á quién.

AÑO XV BARCELONA 14 ENERO DE 1924 NÚM. 686



CHARLA

No sé si será cierto lo que me cuentan, pero como no deja de tener interés, á ustedes se lo traslado para que se distraigan con el relato.

Se trata de un infeliz zapatero de portal, casado con una joven bastante agraciada.

El marido hacía lo menos dos meses que por falta de trabajo no entregaba á su esposa ni un céntimo para el gasto de la casa. Y claro, la zapatera escuchó las frases amorosas del médico del entresuelo y cayó en sus brazos, más por necesidad que por amor.

Fabián, que así dicen que se llama el zapatero, cogió infraganti á los tórtolos y en aquel mismo momento, aprovechando la atribulación de los culpables, pensó una venganza horrible.

Con mano temblorosa escribió una receta en un papel y le dijo al médico:

—¡Firme usted eso!

El médico firmó sin darse cuenta, y el zapatero salió de su casa dirigiéndose á la farmacia más próxima.

—Despache usted esta receta al momento,—dijo al farmacéutico.

Este miró un buen rato el escrito, pero conociendo de sobra la firma del doctor, sirvió en el acto al zapatero un litro de agua destilada con un veinte por ciento de arsénico blanco.

—¿Para qué es esto?—se atrevió á preguntar el boticario.

—Para un enfermo,—contestó el zapatero.

—Pues que le sirva de provecho,—siguió el de la farmacia, haciendo un gesto significativo.

Fabián salió escapado y meditando el plan que había de poner en práctica, llegó á su domicilio, encontrándose con que ni su mujer ni el médico estaban allí.

Claro, temiendo las iras del esposo ultrajado, habían puesto pies en polvorosa.

La cabeza de aquel hombre se trastornó en un momento.

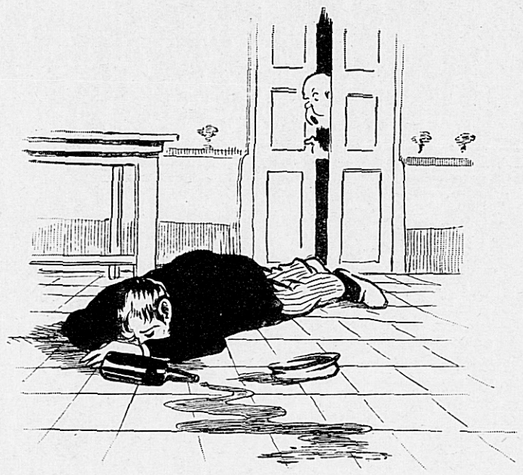
Se vió solo, abandonado de su mujer, sin un céntimo en el bolsillo, con multitud de trampas que pagar, y por contera con la deshonra en la frente.

Aun estaba sobre la mesa la pluma con que antes escribió la fatal receta para matar á los adúlteros. Aquella pluma le sugirió otra idea; y cogiéndola en el acto (la pluma, no la idea), escribió lo que sigue sobre la pulimentada superficie de un puño de la camisa del médico que se había dejado á los pies de la cama:

«Ahora mismo he pensado matarme para salir de compromisos y para no ver más á la muy sinvergüenza de mi mujer.

»El primero que lea este puño, haga saber que el médico del entresuelo ha contribuído á mi muerte, recetándome lo que me he de tomar resueltamente.

»Muero sin confesión, pero aquí me confieso de todas mis culpas, trasladando al médico las deudas que dejo, que no son pocas, pues ya que se ha quedado ocupando mi sitio, justo es que cumpla como bueno.



»A dicho señor le dejo el tirapié, único objeto de mi pertenencia para que lo use con mi mujer cuando se la pegue con otro... que lo hará, porque la conozco.

»Y como no tengo más que decir, tiro el puño en la escalera, dejo entornada la puerta y aquí espero muerto á que me lleven á enterrar,

»*Fabián.*»

Una vez escritas estas letras, practicó lo que decía en ellas, y en dos tragos hizo desaparecer el contenido de la botella.

No había transcurrido un minuto, cuando la habitación comenzó á dar vueltas y el cuerpo del desventurado zapatero cayó pesadamente sobre el pavimento.

¡Era cadáver!

. . . . . .

El primer vecino que leyó el puño del médico, asomó las narices por la puerta y viendo el cuerpo rígido de Fabián, tendido boca abajc, salió corriendo en busca de la pareja, á quien dió cuenta del crimen que se había cometido en su propia casa.

Los guardias no se hicieron repetir la noticia, encontrándose al poco rato junto al cuerpo inanimado del zapatero.

—¿Dónde tendrá la herida?—dijo uno de los polizontes palpando el cuerpo del suicida.

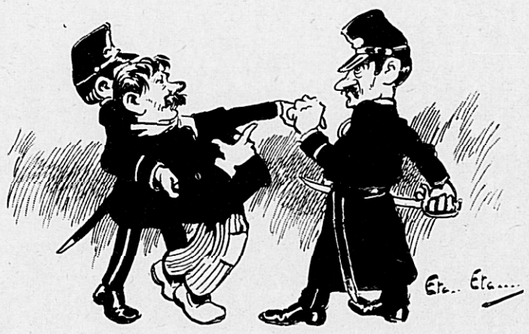
Este dió un ronquido raro y se incorporó.

—¡Aun vive!—gritaron los guardias.

—¡Mentira!...—chilló Fabián, hablando con bastante dificultad.

—A la casa de socorro con él.

—Repito... que estoy... muerto... con veneno...



—Ahora veremos lo que es esto,—dijeron á dúo los guardias.

Y cargaron con el zapatero, sin olvidar la botella, á la cual le quedaba algún líquido.

Después de trasladado el suicida á la casa de socorro, fué reconocido el veneno por el químico municipal, el cual certificó que se trataba de una adulteración de arsénico, con aguardiente común.

De lo que se desprende, que ni aun del arsénico se pueden ustedes fiar en estos tiempos *adulterinos*. Ya lo saben: Para morir como Dios manda, no hay mejor cosa que el aguardiente, *sin adulterar*.

JOAQUÍN ARQUES



Lo que hacen estos dos
no resulta, como hay Dios.





El hombre propone y «ellas» disponen



Por vez primera en su vida, vióse Lucianito Caparrota protagonista de un amoroso lance.

Contaba diecisiete años, era un pollo muy simpático, no mal parecido y educado con esmero por sus benditos progenitores, que le consideraban dechado de candor, limpio de resabios é inocente hasta el punto de ruborizarse como púdica doncella en presencia de las mujeres, aunque fueran guapas y apetitosas

como la fruta del cercado ajeno.

Sin saber cuándo ni dónde, tropezó un día con Clara, joven astuta y coquetuela, con puntas y ribetes de cortesana, quien logró despertar en aquel corazón

aun virgen á las primeras
impresiones del amor,

el ansia de goces sensuales, cuyo encanto le atraía con la fuerza irresistible de lo desconocido.

Desde la hora en que el mozalbete sintióse enamorado de Clara, no perdonó medio para serle grato, y con frecuencia le ofrecía valiosos obsequios, merced á las artimañas de que se ayudaba con grave detrimento de la gaveta paternal.

Los negocios de ambos felices amantes enredáronse de manera, que Clara llegó á consentir en una entrevista con el galán, de noche, á solas y en su casa.

A fin de solemnizar el fausto acontecimiento, proveyóse Luciano de cinco duros, apelando al consabido recurso del hurto doméstico; el hombre proyectó disponer, mediante aquella cantidad, una magnífica cena para dos, la que, según todos los indicios, debiera saber á gloria.

Mas ¡ay!, como al famoso hidalgo manchego, á Luciano, cuando *piu, felice* y vencedor encaminábase al domicilio de su bien amada, asaltóle un pensamiento que, vago en principio, tomó forma en su cerebro y muy pronto llegó á preocuparle hasta el punto de que poco faltó para que desistiera de sus ardientes propósitos.

—La verdad es que yo jamás heme visto en tales fregados y no sé ni por dónde se empieza. Como nunca he conocido ni tratado con nadie de estos líos, me parece que he de hacer una plancha piramidal... ¿Lo dejaré para otro día?... ¡No puede ser!... Por más que digan, estas cosas resultan fáciles y hacederas á primera vista, pero tienen sus *intríngulis;* y en eso, en los *intríngulis* está el *quid*. Si meto la pata y la Clarita se amosca, ya puedo echar mi amor en remojo... ¡Y cualquiera pide lecciones á nadie, sin caer en la nota de ridículo!... Tentaciones me dan de volverme á casa y escribirle diciendo que por enfermedad no puedo asistir á la cita... ¡Y perder ocasión tan hermosa fuera lástima!... ¿Quién dijo miedo? Después de todo, alguna vez ha de ser la primera y nadie nace enseñado... Pecho al agua y salga lo que saliere.

Así pensando, sintió al doblar una esquina cierto *sisco* misterioso, que le hizo volver la cabeza.

Una muchacha desenvuelta, graciosa, provocativa, de buen palmito y grandes ojos negros, le sujetaba por el brazo, á la vez que sonriendo le decía en voz muy baja y con acento insinuante:

—¿Me acompañas?

—¿Adónde?

—A mi casa: ven, que no te pesará.

Luciano, sin darse cuenta cabal de lo que hacía, dejóse conducir por la ninfa callejera que tan oportunamente logró interrumpir las desagradables reflexiones que, momentos antes, hicieran vacilar el ánimo del joven enamorado.

. . . . . .

Cuando, un cuarto de hora después, reanudaba su marcha en pos de los deleites prometidos, decía Luciano para sus adentros:

—No he perdido el viaje y la lección no pudo venir más á tiempo; creo que no he de hacer el paso con Clarita... Con lo que ya sé y dándome tono de calavera, verá mi adorada que no soy tan tonto como parezco; ahora voy más tranquilo, seguro de no errar el golpe.

Pocos pasos más allá, dió de frente con una rubita, de ojos azules, rostro sonrosado, talle flexible y conjunto espiritual, que asestándole una mirada tierna y comprometedora, murmuró á su oído este requiebro:

—Adiós, hermoso...—y, sin más ceremonias, se apoyó en su brazo.



—Pero, chica...—repuso Luciano, resistiendo el abordaje débilmente.

—No seas tonto y acompáñame, que no soy tan despreciable... ¡digo, se me figura!

—¡Qué has de ser!—exclamó el muchacho, á quien las miraditas de su nueva conquistadora pusieron en punto de caramelo.

—¿Te gusto?

—¡Ya lo creo!

—¡Vaya un *gachó* con *pupila!*

—¡Olé tu gracia!

Y así, divertidos en amable coloquio, perdiéronse ambos en la obscuridad de un callejón solitario, mudo testigo de cien diarios encuentros semejantes...

. . . . . .

Al salir de la segunda encerrona, que duró más de treinta minutos, la satisfacción pintada en el semblante de Luciano, contrastaba visiblemente con el decaimiento físico, que hacía notorio su paso no muy firme, como si las piernas se negasen á sostener la pesadumbre del cuerpo.

Avanzaba con lentitud, insistiendo en sus reflexiones:

—Decididamente, me portaré con Clara como el hombre más corrido del mundo; ¡lo sé todo! Esa rubita es toda una maestra; ¡no es nada lo que *se irae* para volver tarumba al mismísimo lucero del alba! Me ha dejado exhausto de fuerzas y de dinero... No importa; me he divertido mucho y además la instrución ha resultado completa... ¡Así verá Clarita quién soy yo!...

En esas y otras, llegó nuestro héroe á casa de su amante, con hora y pico de retraso.

Clara, impaciente, ni vestida ni desnuda, sino entre dos luces, dejando vislumbrar, con estudiada coquetería, plasticidades tentadoras, recibió la visita de su galán reclinada en amplia *chaisse-longue*...

. . . . . .

Pueden juzgar mis adorables lectoras cuál sería el desenlace de aquella aventura, por las siguientes palabras que Luciano pronunció entre dientes, al regresar cabizbajo y meditabundo en busca del hogar paterno.

—Por el afán de saberlo todo, todo lo he perdido en un momento; las lecciones previas me dejaron incapaz, y Clara, con razón, me ha tomado el pelo, arrojándome de su casa poco menos que á puntapiés... ¡hecho un guiñapo!... La morena y la rubia son las culpables de mi fracaso. Está visto: el hombre propone y *ellas* disponen... ¡Bien dije yo que metería la pata!... ¡Me he lucido!

LUIS FALCATO

DESDE MADRID

CRÓNICAS

La tradicional é insípida manía de despedir al año comiendo uvas, ha dado lugar esta vez á no pocos incidentes: unos interesantes, otros insípidos, los menos graciosos y no pocos funestos. Por ejemplo; voy á referir á ustedes uno que ha llegado á mis oídos:

Los señores de Recuélez (acaudalados dueños de una fábrica de chocolates) tienen dos hijas hermosísimas (aunque socias del «Cursi-Club»).

Pues bien, las citadas niñas tienen relaciones, lo más amorosas posible, con dos oficiales de infantería, apuestos y aguerridos, pero sin una peseta y con una de descuentos que no tiene fin. Es el caso que los Romeos acordaron, entre sí, no desperdiciar coyuntura favorable para hacerse dueños absolutos de los rendimientos de la fábrica de chocolates de sus Julietas. Al efecto, y después de larga preparación, días antes de terminar el año, les propusieron despedirle yendo al teatro en su última noche y comiendo en él los dorados granos de la vid. Y luego de negativas, enfados, anuncio de próximo rompimiento, juramentos de caballerosidad y qué sé yo cuántas cosas más, accedieron con tal de ir acompañadas de la doméstica.

Así las cosas, llegó el día 31 de diciembre. Las niñas de Recuélez, pretextando ir á casa de unas amigas, dejaron á los autores de sus días en el lecho y se encaminaron, en unión de la menegilda, al encuentro de la bizarra infantería representada por sus respectivos novios. Y digo respectivos, porque los oficiales há tiempo que habían achuchado (como ellos decían) á la menegilda y á uno de sus asistentes y, como es natural, éste no faltó á la fiesta.

En alegre grupo llegaron al teatro y se acomodaron en un palquito entresuelo, guardando relativamente, durante no poco rato, la formalidad; pues no es perder la formalidad, me parece á mí, juguetear con las manos y apretarse las manos también.

Cuando las doce de la noche estaban al caer, como no era cosa de comer las uvas á la vista del público, escondiéronse en el antepalco, á cortina corrida.

Lo que en el antepalco pasó es de difícil averiguación (¡!). Lo que sí puedo decir es que las tres parejitas afortunadas salieron los últimos del teatro, y lo hicieron con los rostros rebosando fuego, los ojos centelleantes... y amorosamente cogidos del brazo.

A las diez de la mañana del día siguiente aun no habían aparecido por la fábrica de chocolates las niñas y la doncella de los señores de Recuélez, que estaban alarmadísimos.

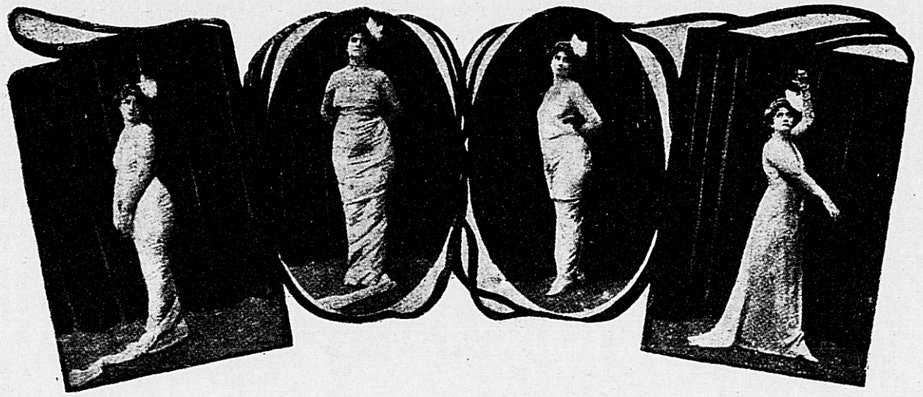
—

No sé cómo habrá acabado la presente historia, pero aseguro, sin miedo á equivocarme, que los oficialitos se habrán salido con la suya.

M. M. CARRASCAL



El modernismo en la luna



Intima

Fué una locura, así lo reconozco;
por tan ínfima causa no debimos
suspender nuestras gratas relaciones.
Demos, pues, al olvido
antiguas disidencias,
y estréchenos el lazo de un cariño
eterno, indisoluble,
libre de alteraciones y distingos:
como el que tú, de niña, me ofreciste,
¡como el que te profeso desde niño!
Pero al firmar las paces
que nos brindan de nuevo el regocijo,
piensa que ya no somos criaturas
y se ha de limitar nuestro albedrío.
Te advierto que las lides amorosas
pueden ser y no ser *juegos de niños*.

F. GIL ASENSIO

Quisicosa

El doctor Calatrava,
higienista de nota,
de este modo juzgaba
á los aficionados á la bota:
«Puede calificarse de suicida
á todo el que se entregue sin medida
al vino, al aguardiente,
ó cualquier otra clase de bebida.
La diferencia aquí es *indiferente*,
porque en cuestión de vinos y licores
sólo hay dos clases: malos y peores.»
Yo no sé si tendría
razón al censurar de esta manera
ó si le dominaba una manía,
lo que puedo afirmar (¡quién lo dijera!)
es que el doctor murió... ¡de borrachera!

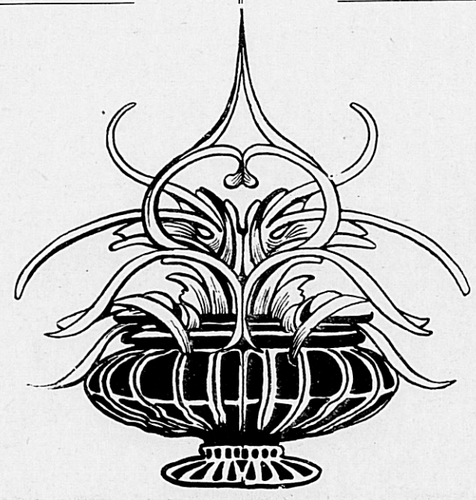
F. GIL ASENSIO

ANTIESPASMÓDICO

Viendo que rígida,
pálida, exánime,
yace mi sílfide
sobre el sofá,
llamo á la fámula
que mira estática
la cara estúpida
de un militar.

*

Mándola enérgico,
que baje rápida
como el relámpago
hacia el portal,
y diga á Brígida,
la otra doméstica,
en forma análoga
mi voluntad:



«Que sin hipérbole,
como un cuadrúpedo
corra á la clínica
del Hospital,
y pida al médico
le dé una fórmula
para una histérica
muy pertinaz.»

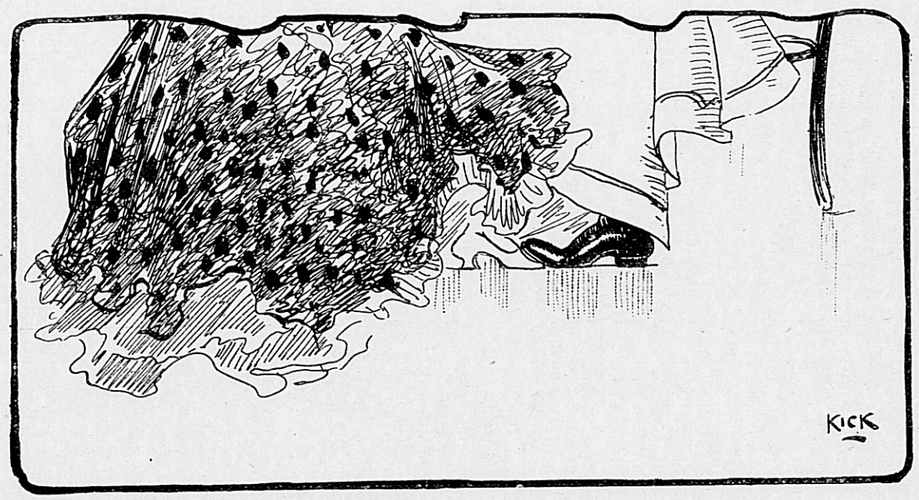
*

A poco intérvalo
volvió la pícara
vaciando el hígado
y, sin chistar,
dióme una sólida
vara de albérchigo,
¡con tres centímetros!
de obesidad.

E. DÍAZ CORONA



—¿Por qué me pisas el pie, rico?
—Porque te quiero decir una cosa muy picante sin que se entere el camarero.





Delicias del matrimonio

Nemesio, Nemesio, Nemesio.

—Agustina, Agustina, Agustina.

—Maldita sea la hora en que nos conocimos.

—Estoy completamente de acuerdo.

—Insolente.

—Pero, mujer, ¿no me has dicho que no te lleve la contraria?

—Eres un mal marido.

—La culpa no es mía.

—¿No?

—No. Si yo pudiera quedarme soltero, no te daría estos disgustos.

—Soltero ¿eh? ¡Egoísta!

—Bueno, pues... viudo, no te incomodes. A mí me es igual.

—Pobre de ti si yo llegara á morirme antes que tú.

—Si quieres nos moriremos el mismo día.

—Si pasado algún tiempo pudiera levantar la cabeza, te vería hecho un perdido.

—Yo te evitaría ese disgusto.

—Si, como que tú podrás regenerarte.

—Pero podré poner un buen cerrojo en tu caja.

—¿Te burlas?

—Qué cosas tienes, mujer. Si nada más de oirte me saltan las piernas, digo, las lágrimas.

—A mí sí que me saltan las piernas.

—Ya me figuro con qué fines. Pero, te advierto que vayas con cuidado si me pegas.

—¿Por qué?

—Porque podrías estropearme un órgano importante.

—Déjate de músicas.

—¿Cuándo querrá el cielo que seas razonable? ¿Qué quejas puedes tener de mí?

—No me hagas hablar. Aun no te he perdonado aquella aventura con la corista.

—Pero, mujer, si ya sufrí la condena; me hiciste que te limpiara el piso durante un mes, y que te leyera dos tomos de un novelón por entregas. ¡Yo creí que la entregaba!

—Así no volverás á las andadas. ¿Y la portera?

—¡Qué buena eres! Te preocupas por el bien de los demás: el portero callaba y tú tuviste que levantar la liebre.

—¿Estaba bonito que el pobre hombre corriera el ridículo?

—¿Y yo estaba bonito con la cara que me puso el pobre hombre?

—Era lo justo.

—Y tan justo, como que si aprieta un poco más me mata.

—¡Qué lástima!...

—Gracias, vida mía.

—Que lástima no te hubiera matado.

—No decías eso cuando éramos novios.

—Porque no te conocía.

—¡Porque no nos conocíamos!

—¿Dirás que estás arrepentido?

—No, no lo diré; sé muy bien lo que me costaría.

—Pero, ¿lo estás?

—Pues bien: ¡sí!

—¿De veras?

—Pregúntaselo al cura que nos echó la bendición, que el otro día le pegué un puñetazo que le volví loco.



Sepan los poetas
de melena y lira,

que en ciertos momentos
la lira, se tira.

—Pero, tú, ¿tú?

—Sí, una piedra y yo; la mitad cada uno.

—Pasa á la cocina.

—¿Quién, yo? Voy á por mi cómplice; no es justo que yo solo pague...

—La culpa no es tuya.

—¡No!

—¡Es mía!

—Sí, tuya.

—Naturalmente, te doy tanto dinero...

—¡Cincuenta céntimos semanales! ¿Te parece mucho?

—Aun te sobra.

—Te equivocas: me falta, porque ya no tengo tabaco. Ayer gasté la última perrilla en el *Piripitipi*.

—¿Tú compras eso, infame?

—No blasfemes. Tú al *Piripitipi* le debes agradecimiento.

—¿Yo? Explícate.

—A la noche. Ahora tengo mucho que hacer.

—¿Dónde vas?

—A ver á tu padre. Tengo contraída con él una deuda y quiero pagársela.

—¿También le has pedido dinero?

—No; algo que cuesta más y que vale menos, ¡mucho menos! Una... *cosa* que me va á costar la vida, (porque yo así no puedo seguir) y que me ha cambiado por completo, convirtiéndome en... No lo quiero decir por respeto á mí mismo.

—¿Pero se puede saber qué es lo que le pediste?

—¡Tu mano! Necesito vengarme de él y ¿sabes cómo? Casándolo. Ahora viudo y libre se ríe de mí; pues bien: se acabó la risa. Tengo datos y papeles que comprometen á tu padre y ponen en claro las relaciones que sostuvo con una pobre chica. De estos amores nació un niño. Yo quiero que no sea *huérfano* y no lo será. De algo ha de servirme mi carrera.

—Considera...

—No considero nada. ¡Ni una palabra! El tuvo la mala intención de casarme contigo, pues que sufra la pena de Talión. ¿No dice que el matrimonio es una delicia? Pues que goce, que goce. Tu futura mamá es ¡tu misma estampa! Conque calcula...

F. CUENCA

También hay para usted...

Vivía hace años en una de las más hermosas capitales de Levante, cierto matrimonio de buena posición, que llamaba la atención de todos, por la buena armonía, mejor dicho, el gran amor nunca interrumpido que entre ambos esposos reinaba.

Era la esposa una joven de veinte abriles apenas, rubia como el oro y blanca como la azucena, con unos labios gorditos y rojos que recordaban el dicho feliz del poeta:

> . . . Son un rubí
> partido, por gala, en dos.

Sus ojos, azules como el cielo sin nubes de un día de estío en Andalucía, sus caderas redonditas, sus pechos elevados y turgentes, siempre agitados en violenta tempestad, azotando las ballenas del corsé que los aprisiona, y su talle airoso y esbelto completan los hechizos de aquella *niña*, capaz de alborotar á todos los santos que San Pedro guarda por miedo de que dejen de serlo.

El marido, por el contrario, de edad ya algo más que madura, calvo y con los bigotes cuajados de canas, á pesar de su elevada estatura, de la gallardía de su talle y de lo atlético de su contextura, causaba al lado de su mujer, tan joven y tan hermosa, el mismo efecto que se siente al ver un hombre anciano tratando de echarse á las espaldas un baúl pesado, capaz de asustar á un joven en la plenitud de su poder.



Un nido de *pájaras*

Animados por la idea de que la felicidad de aquel matrimonio debía ser sólo aparente, y de que el ya calvo y canoso marido, escaso de fuerzas, no podría satisfacer las exigencias ardientes de aquella bella criatura, pletórica de vida, perseguíanla sin descanso cuantos Tenorios pululaban por la cálida ciudad andaluza, y hacíanlo tan sin recato que hasta el marido lo notaba á veces. Sin embargo, el *buen* hombre se contentaba con sonreirse cada vez que algún caballerete de aquellos decía una galantería á su mujer, no pareciendo que le importaba un bledo aquello.

Pero hasta entonces, las proezas de aquellos Tenorios no podían vanagloriarse de haber obtenido de la señora de... (no me dijeron el nombre) otra cosa que sonrisas amables, y los ataques amorosos de todos los galanteadores no habían dado otro resultado que el de haber ya recibido muchos de ellos solemnes calabazas.

Un día, en el casino, varios de los despechados, discutían sobre quién podría ser el favorecido de la dama (pues que para ellos no cabía duda, no podía vivir tan rozagante aquella planta, sin más que los riegos y cuidados de su esposo, que suponían incapaz de fertilizarla), cuando uno de los más atrevidos y orgullosos *Narcisos*, planteó apuesta que había de tener gran resonancia.

Se trataba nada menos que de conseguir, en un plazo de ocho días, la conquista de aquella mujer y la *coronación* del esposo, lo cual pensaba llevar á cabo el inductor de la apuesta, valiéndose para ello de tener entrada en la casa como amigo del dicho esposo, que le distinguía con su confianza.

Puntualizáronse los términos de la apuesta con toda formalidad y separáronse aquellos *calaverones*, gozando los unos ante la perspectiva de una derrota á la de ellos semejante, y el que apostaba con la firme convicción de probar su *irresistibilidad* para con las mujeres, en aquella conquista que cimentaría su fama de hombre *de pro*.

Aquella misma noche decidió tender sus redes, y aprovechando el estar invitado á cenar en casa de su pretendida víctima, presentóse una hora antes de la marcada.

El esposo de la joven aun no había ido á cenar y con tal motivo encontrando sola á la que pensaba seducir, dejóse el apostante llevar de su entusiasmo, empetando una declaración en toda regla y llevando su osadía al extremo de solicitar de ella una entrevista solitaria, *donde* pudiera *probarle* su amor sin posibles contingencias.

Cuando se preparaba á contestar la joven, un campanillazo avisó la llegada del marido, al cual salió corriendo á recibir su esposa. El atrevido don Juan, sintió que cuchicheaban antes de presentarse en el gabinete, y algo así como el ruido de un ósculo amoroso. A los pocos segundos, presentábanse sonrientes y cogidos del brazo los esposos, en la habitación donde esperaba el invitado.

Cambiáronse entre los amigos los apretones de manos correspondientes y pasaron incontinenti al comedor.

En el momento en que se sentaban á la mesa, el convidado sintió una mano sedosa que introducía algo en el bolsillo de su americana. ¡Era cosa hecha! El afortunado dirigió una mirada de lástima á la cabeza medio pelada de su amigo, mientras los esposos cambiaban una señal de inteligencia.

No bien terminó la cena, deseando saber lo que decía aquel papelito, el de la apuesta pretextó una ocupación importante y se despidió de los esposos.

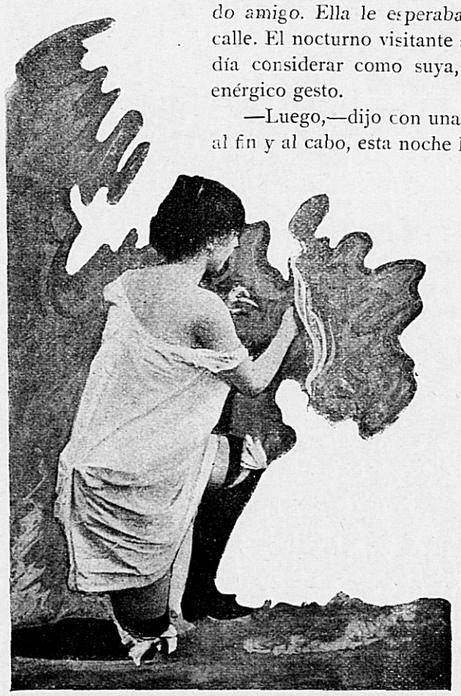
En la misma escalera leyó el billete. Decía lo siguiente:

«Mañana por la noche no duerme mi marido en casa. Venid á las nueve. Tres palmadas en la calle me avisarán para que yo misma os abra la puerta. Adiós.»

. . . . . .

A la noche siguiente, á la hora marcada, entraba con el natural sigilo en la casa, el afortunado amigo. Ella le esperaba envuelta en artístico pero pudibundo traje de calle. El nocturno visitante se arrojó frenético á aquella mujer, que ya podía considerar como suya, pero ella le detuvo con imperativo ademán y enérgico gesto.

—Luego,—dijo con una entonación especial,—¿para qué esas prisas, si al fin y al cabo, esta noche ha de ser?



Con la rodilla en el suelo,
Anita implora un apoyo.

De repente, violentos campanillazos hacen estremecer á los jóvenes.

—¡Mi marido!... ¡Por Dios, pronto!... Aquí, debajo de la cama.

Y he aquí al seductor obligado á esconderse, en paños menores, debajo del lecho conyugal que pensaba deshonrar.

Entró el esposo en la alcoba cerrando tras sí la puerta, cuya llave guardó, y lo primero que hizo fué dar un beso á su esposa.

—¿Cómo tan pronto?... Yo creí que te tocaba esta noche de guardia.

—Efectivamente, vida mía; pero he sentido un poco de dolor de cabeza, no estoy muy bien, y he pedido que me releven.

Aquí el marido colocó el revólver debajo de la almohada y se desnudó, metiéndose en el lecho.

. . . . . .

En la estancia resonaba un continuo rumor de besos.

Mil veces hubiese salido y echado á correr, aun desnudo como estaba, pero la puerta cerrada, el revólver guardado debajo de la almohada y la luz encendida, no se lo permitían, y allí, pegado á las losas frías, no le quedaba otro recurso que esperar y...

Por la mañana muy temprano, levantóse el esposo y abriendo la puerta de la habitación, llamó á la campanilla que pendía al lado de la cama, volviéndose á acostarse.

—Tráenos el desayuno,—dijo á la criada que se presentó.

—En seguida, señorito.

A los pocos minutos entraba la sirviente llevando en las manos una bandeja con tres tazones de leche humeante y otras tantas ensaimadas.

Juzgad de la estupefacción del desgraciado Tenorio fracasado, al ver que al hombre que trataba de *coronar*, y que *tan bien se portó* durante la noche, se inclinaba hacia su escondite, con un tazón en la mano y le decía, mientras ella soltaba una carcajada.

—¿Queréis desayunar, caballero? ¡También hay para usted, amigo!



Y, al fin, lo que busca encuentra,
aunque le parece poco.

JUAN MANUEL PALACIOS

Fotografía

La vi en la calle, coqueteando con su hermosura, satisfecha de piropos, retratando maliciosamente en sus alegres pupilas el orgullo que le causaba la admiración de que era objeto.

Al verla, sentí deseos ardientes de poseer las lindas curvas de su cuerpo sugestivo, y la lozanía de su boca fresca, y la luz de sus ojos sin igual.

Embebido con sus gracias, la seguí. Le dije mi pasión, mis deseos; le pinté mi amor, capaz por su belleza de los mayores sacrificios, de las locuras mayores. En mi afán de conseguir sus incopiables hechizos, le participé, exaltado, hasta propósitos de hacerla mi esposa. Ella seguía coqueteando, y envolviéndome con la luz de sus ojos y haciendo sonrisas felices.

De repente, penetró en *cierta casa* y subió rápida la angosta escalera, lanzando una fuerte carcajada de burla. Yo retrocedí avergonzado de mi candidez y renegando de mi inexperiencia. Entonces olvidé las curvas de su cuerpo, y la lozanía de su boca, y la luz de sus ojos. Pero el cosquilleo que me produjo en el alma el eco de su risa burlona no ha desaparecido aún...

ABELARDO DELGADO

Pensamientos

Un mal pensamiento, cuando se introduce en el corazón, es primero un extraño, después un huésped y por último un amo.

—

La calumnia es como el carbón. Cuando no quema, mancha.

—

El heroísmo en una mujer, es el callarse.

¿No es el lado izquierdo donde tenemos el corazón? Pues el corazón de una coqueta es un cero á la izquierda.

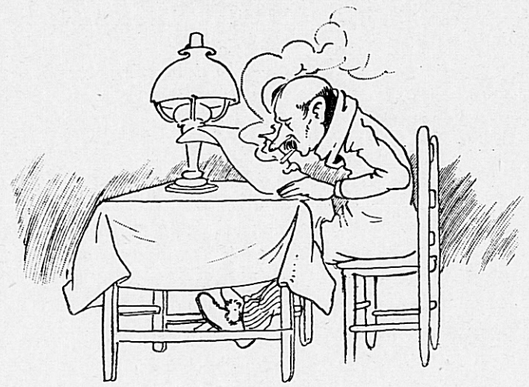
—

El gobierno de los pueblos debe confiarse siempre á los que no lo solicitan.

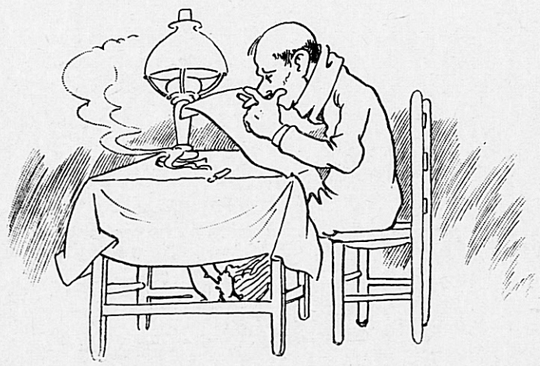
—

Las lágrimas son sangre del alma.

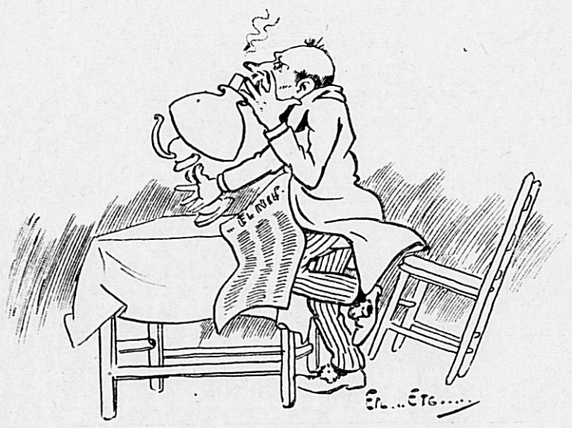
Una distracción



Lee don Antonio la prensa,
y tan distraído está,



que deja el cigarro y coge
su nariz descomunal,



poniéndola sobre un tubo
y asándose la mitad.

Sana advertencia

Adiós, Irene mía, desvarío,
ya siento que la muerte va viniendo
pues tengo el cielo de la boca frío;
adiós ídolo mío,
no llores, que me muero sonriendo.
Con mi vida conclúyese mi historia,
porque viví ignorado.
acógeme, mi Irene, en tu memoria
que yo desde la gloria
he de velar por ti, dueño adorado.
Mas me harás el favor, Irene amada,
de cerrar á tu primo Celedonio
las puertas de esta casa siempre honrada
si no quieres me juegue una trastada
á esa honrada memoria ese bolonio.
Y si así no lo hicieras y en sus brazos
cayeras algún día,
tendiéndote el infame torpes lazos
hasta ahogarte de amor con mil abrazos,
cuenta que te vería.
Porque después, mi bien, de los desvelos,
Irene, que pasé, y en qué me fundo
para llegar al cielo en cuatro vuelos,
ó estoy dentro de poco allá en los cielos
ó no hay justicia en ellos ni el mundo.
Y desde allí vigilaré celoso
cuanto haces en la tierra,
y veré si le guardas un honroso
recuerdo, como debes, á este esposo,
ó te portas con él como una perra.
Porque te has de morir cual yo me muero,
no te hagas ilusiones,
y de portarte mal, cuenta te espero
en el infierno fiero,
para darte un sin fin de pescozones.
Y al verte allí llegar trémula y yerta
bailando como un trompo,
puedes tener, mi amor, por cosa cierta
que no te mataré, pues irás muerta,
pero lo que es el alma... ¡te la rompo!

José de Aranda

Cantares

Si sientes tocar á muerto,
ya sabes que es mi persona
que la mató el sentimiento.

*

Ni por tu madre te pido,
por ella me lo jurabas
y era tu querer fingido.

Blança Matrás



Los últimos toques de una bailarina antes de salir á escena son los más entretenidos y los más difíciles. Dígalo sino el traspunte, que suele ser el encargado de darlos en más de una situación comprometida.

—Papá,—decía Pepito,—¿es verdad que descendemos de los monos?

—Ya se ve que sí. Está demostrado por la ciencia que el hombre en un principio ha nacido mono y se ha ido perfeccionando.

—Entonces,—dijo su hijo,—soy mucho menos mono que tú, papá.

La respuesta del padre fué un coscorrón mayúsculo, acompañado de estas palabras.

—¡Esto te enseñará á ver si soy mono!

El Rey de los Tónicos
VINO DE
BUGEAUD
El único preparado con la QUINA AMARILLA REAL y un vino de calidad superior. — Principales Farmacias.

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que ya hemos terminado la reimpresión del magnífico

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Los señores corresponsales á quienes no hemos podido complacer sirviéndoles la segunda remesa, pueden desde luego indicar el número de ejemplares que le hemos de remitir.

A pesar de los gastos que nos ha obligado á hacer la reimpresión del

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

no hemos querido omitir detalle alguno para que esta SEGUNDA EDICIÓN resulte á la altura de la primera.

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre . . . . . 6 pesetas.
Año . . . . . 11 »
Extranjero y ultramar, un año . . . . 17 »
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros lectores que podemos servir

Colecciones completas

DE

LA SAETA

del año que ha pasado, sin aumento alguno del precio ordinario, ó sea á

20 céntimos número

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 106

PROVENZA, 266 BARCELONA — ROMÁN GIL-EDITOR — PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.

Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.

Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres

La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.

Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.

El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado o La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.

Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos po las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 íd.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 íd.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 íd.)
Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 íd).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 íd.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.--BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.